

FREUD MÁS ALLÁ DE FREUD

HERBER MARCUSE, *Eros y civilización*, Editorial Joaquín Mortiz, México, 1965, 285 pp.

Por fin se ha traducido al castellano el capital libro de Herbert Marcuse *Eros and Civilisation*. El autor, profesor alemán emigrado a Estados Unidos durante la época nazi, es uno de los mejores conocedores de Hegel y figura entre los marxistas abiertos de más jerarquía en la actualidad. En esta obra, por cierto, dedicada a una exégesis, crítica y ampliación de las ideas de Freud sobre los orígenes y el destino de la civilización, no cita una sola vez a Marx, pero el ideal humanista de éste último está presente en todo su desarrollo.

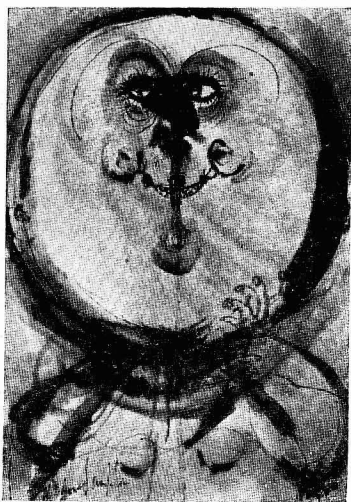
El libro tiene dos partes. En la primera el autor hace una exposición de la teoría freudiana de la cultura, ilustrándola con un análisis penetrante de las grandes líneas que constituyen la trama profunda de nuestra civilización e introduciendo algunos conceptos complementarios destinados a prolongar y diferenciar dialécticamente la substancia del pensamiento freudiano. En la segunda parte, expone a grandes rasgos los principios que regirían en un nuevo tipo de civilización no opresiva, como la nuestra, y basada en un principio de realidad distinto.

Freud veía el origen y la base de la cultura en la represión de los instintos, tanto sexuales como agresivos. Lo que movería a los hombres a organizarse socialmente dentro de una estructura de derecho sería la necesidad de defenderse de los tres grandes peligros que amenazan su dicha: la caducidad y vulnerabilidad de su propio cuerpo, el poderío de la naturaleza hostil y los peligros de la violencia, la explotación y el desamor de los otros hombres. Pero para constituirse en sociedad el hombre tenía que reprimir sus instintos, porque su satisfacción ilimitada reforzaría esas tres amenazas. El carácter polimorfo de la sexualidad, que tendería de suyo a hacer de cada zona corporal un órgano de placer, debería ser sacrificado, canalizando toda esa energía y sus exigencias hacia la sexualidad genital, reduciéndola incluso aún más en su ejercicio dentro de los límites de la función reproductora en el matrimonio monógamo. Toda satisfacción sexual que no estuviera ligada a esta función institucionalizada, debería tomar uno de dos caminos: o la satisfacción substitutiva (sublimación, síntomas neuróticos) o la directa, pero prohibida y cargada de culpa por la cultura (perversiones, inmoralidad sexual). También la agresividad sufriría semejante destino: en parte habría de ser canalizada hacia el trabajo, en parte directamente descargada a través de la guerra y la competición y en gran parte sería introyectada en forma de conciencia moral arcaica, en forma de Superyó cruel y culpabilizante.

Para Freud el progreso de la civilización es un progreso simultá-

neo de la represión y de los sentimientos de culpa. Cuanto más aumentan las exigencias de la cultura, tanto mayor ha de ser la represión de los instintos, siendo el producto de esta tensión un aumento del sentimiento de culpa. Para Freud esta dialéctica no tenía salida.

En la ontogénesis el hombre comienza bajo el imperio del principio del placer; el acontecer psíquico parece regido por una sola ley: deshacerse de toda tensión. Si la tensión implica displacer, placer



será el aspecto subjetivo de esa disminución de tensión. Ahora bien, esas tensiones tienen por objeto a los otros, que no siempre están a mano, ni dispuestos a satisfacerlas; de ahí que el niño tenga que aprender a domesticar sus tendencias, aplazando, transformando o renunciando a su satisfacción. Este aprendizaje lento y doloroso es a lo que Freud llama sometimiento al principio de realidad. Sin él, el hombre no saldría nunca de su narcisismo, ni habría sublimación ni vida social posible.

La gran aportación de Marcuse a este esquema consiste en introducir una distinción luminosa en dos de esas nociones clave de la antropología freudiana. En primer lugar, el principio de realidad postulado por Freud no es, a juicio de Marcuse, un principio natural e intemporal, sino un principio histórico que varía con las vicisitudes mismas de la cultura. En nuestra civilización industrial y competitiva adopta la forma de un "principio de actuación" o de rendimiento. Es "real" lo que es conforme a las exigencias económicas e ideológicas de esta sociedad. En ella el trabajo es un trabajo forzado y alienado y la sexualidad ve confiscadas sus energías en beneficio de la mera reproducción dentro de la familia monogámica, por una parte, y de sublimaciones forzadas e insuficientes por la otra, quedando una gran parte de vidas y energías humanas destinadas al compromiso neurótico.

La otra distinción, complementaria de la anterior, es la de dos

tipos de opresión o represión social: la opresión básica o fundamental y la sobrante o suplementaria. La opresión básica es la necesaria para el mantenimiento del fenómeno sociocultural en sí: la sociedad no espera a que el niño esté en condiciones de sublimar por su cuenta y gana, sino que lo fuerza a hacerlo, para promoverle al nivel alcanzado por ella misma. Pero toda sociedad realiza una opresión suplementaria con objeto de asegurar el tipo de dominación concreta vigente en ella. La sociedad industrial reprime los instintos mucho más allá de lo que exigiría el mantenimiento de los logros de nuestra cultura y esta opresión sobrante está al servicio de los intereses de



la dominación (en lenguaje marxista: de los intereses de la clase dominante).

Para Freud la civilización creaba y mantenía un círculo vicioso, pagando su racionalidad con la desdicha: a mayor civilización, mayor culpabilidad y mayor renuncia a las satisfacciones instintivas. Marcuse piensa que esta visión es insuficientemente dialéctica: el proceso encierra en sí la posibilidad —la necesidad dialéctica, más bien— de su superación (*Aufhebung* en sentido hegeliano). Justamente porque

dos de las amenazas que Freud vio en el origen de la cultura —la caducidad del cuerpo y la violencia de la naturaleza hostil— están en trance de ser casi enteramente dominadas por el hombre, la subsistencia de la opresión (y particularmente de la opresión sobrante) es cada vez más insostenible e irracional. Marcuse sugiere entonces, apelando aquí no sólo a Freud, sino a toda una tradición de filósofos y utopistas, las grandes líneas de lo que sería una civilización no represiva, en la que el principio de realidad se inspiraría en el principio del placer, el cuerpo sería de nuevo plenamente erotizado y el trabajo se convertiría en juego.

Frente a esta exégesis de Freud el camino emprendido por los revisionistas del freudismo parece, en efecto, una regresión. Pretendiendo "socializar" a un Freud demasiado "biológico" e individualista, han despojado a la crítica freudiana de la cultura de gran parte de su substancia explosiva. Marcuse denuncia la teoría de los revisionistas como una ideología conformista. Este reproche lo dirige incluso contra Erich Fromm, que ha analizado con tanta lucidez la enajenación radical del hombre en nuestra civilización industrial y ha denunciado con tanto vigor la plaga del conformismo. Cabe preguntarse si este reproche no nos alcanza a todos, en la medida en que defendemos un ideal humanista sin tomar conciencia exacta de la ambigüedad de nuestros objetivos y la insuficiencia de nuestros medios. Podemos entrever la posibilidad de una civilización no opresiva en que el hombre alcanzaría su plenitud humana y hasta podríamos promoverla con nuestra crítica, nuestra fe y nuestro sacrificio; pero mientras vivamos en esta civilización en tan gran medida alienante, nuestras posibilidades concretas de dicha y de humanismo están limitadas por su férrea dialéctica.

ARMANDO SUÁREZ

CAMINOS DE LA ECONOMÍA DEL FUTURO

J. BÉNARD, N. KALDOR, M. KALECKI, W. LEONTIEF, J. TINBERGEN. *Programación del desarrollo económico*. Fondo de Cultura Económica, 1965.

Desde las *Maximes Générales du Gouvernement Economique* y el famoso *Tableau Economique* de François Quesnay, la planeación del desarrollo económico ha sido una de las preocupaciones primordiales de los economistas.

Si se considera que el desarrollo económico de las naciones subdesarrolladas es uno de los problemas más arduos y de más difícil solución con que tiene que enfrentarse el mundo en esta segunda mitad del siglo xx, libros como el que ahora nos ocupa, realizado por los más connotados especialistas en planeación y programación económica, vienen a reforzar la convicción de que la planeación puede ser un instrumento poderoso para acelerar las tasas de desarrollo.

El presente libro, que es producto del seminario organizado por la Oficina de Programas de Asistencia Técnica Regional para América Latina de la UNESCO, reúne las conferencias sustentadas por J. Bénard, director del *Centre d'Études de la Prospection Economique à Long Terme*, París; N. Kaldor, profesor del *King's College* de la Universidad de Cambridge; M. Kalecki, miembro de la Academia de Ciencias de Varsovia; W. Leontief, profesor de la Universidad de Harvard; y J. Tinbergen, Director del Instituto de Investigaciones Económicas de Rotterdam.

Las funciones macroeconómicas de producción y planeación son expuestas sistemáticamente por J. Bénard, y aunque son fruto de expe-



Michael Kalecki establece dos supuestos básicos al estudiar los problemas de financiamiento del desarrollo económico en una economía mixta: a) "No debe haber un incremento inflacionario en los precios de los productos esenciales, en especial de los artículos y alimentos de consumo corriente", b) "No debe existir ningún impuesto sobre los grupos de población con ingresos bajos o sobre los productos de primera necesidad o esenciales, de tal manera que la restricción de la demanda del consumidor sólo pueda llevarse a cabo aumentando los impuestos directos de los grupos con ingresos elevados o mediante impuestos indirectos sobre los bienes no esenciales." Estos dos supuestos son de gran importancia para el desarrollo económico, porque lo hacen depender en gran medida de la tasa de incremento que experimenta la oferta de los productos esenciales.

riencias de laboratorio, pueden servir como fundamento para iniciar estudios de las funciones macroeconómicas de producción, en relación con la clasificación de los modelos económicos. Una aportación significativa de este brillante economista francés, es la reducción de los métodos de la planeación francesa a los países en vías de desarrollo, considerando, de una manera muy aguda, las dificultades inherentes a esta reducción; encontramos, por ejemplo, la indicación de que la planeación, desde el punto de vista económico, únicamente puede ser factible en forma autoritaria, ya que a juicio de Bénard, es la única que tiene cierta probabilidad de ser eficaz, por tener que enfrentarse a los grupos privados que hacen predominar sus intereses en perjuicio muchas veces de los intereses colectivos nacionales.

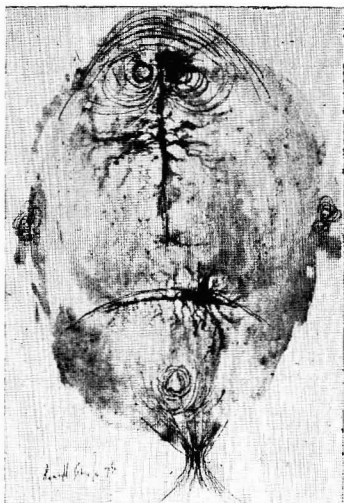
El problema de estabilizar la relación de precios de intercambio es analizado por Nicholas Kaldor, quien lo considera como uno de los más graves a que se enfrentan los gobiernos latinoamericanos. Resalta el hecho de que los países en vías de desarrollo son en lo esencial productores primarios, que se sostienen exportando uno o, cuando mucho, unos cuantos productos agrícolas o mineros. Como solución a este complejo panorama que afrontan los países del África negra, Asia y las economías menos avanzadas de la América Latina, el profesor de la Universidad de Cambridge propone la regulación de la producción y exportación de las mercancías primarias, de tal forma que se hagan simétricas las condiciones de su mercado con las del mercado de bienes manufacturados.

La penetración y profundidad del estudio de Nicholas Kaldor sobre "Imposición y Desarrollo Económico", hacen de esta conferencia una línea económica a seguir por los gobiernos que intentan alcanzar metas específicas por medio de la planeación económica, indicando que esto es factible en la medida en que se logre la distribución de los recursos, trasladándolos de los usos menos productivos a los más productivos. Para este autor, la esencia de la planeación consiste en proporcionar una estructura diferente en la utilización de los recursos, en relación con la predominante, que es producto del libre juego de las fuerzas económicas.

Las transferencias de capital de las zonas desarrolladas a las subdesarrolladas y sus tasas futuras de crecimiento económico, son quizá, junto con el problema de autofinanciamiento por imposición, el tema central para una posible programación del desarrollo. Esta parte esencial es tratada por Wassili Leontief, al considerar a las zonas subdesarrolladas como las más pobladas del mundo y productoras únicamente de la séptima parte del producto mundial de bienes y servicios; aunado a lo anterior, su tasa de crecimiento económico es la mitad de la de los países industrializados. Al tratar este tema, toca uno de los puntos más dramáticos de la época actual, que es el de que el contraste entre las zonas más ricas y las más pobres tiende a aumentar en vez de disminuir.

Finalmente J. Tinbergen expone el problema de la planeación óptima, significando con esto la mejor forma de planeación en función del régimen de que se trate, aunque hace especial hincapié en la economía mixta moderna, que es el tipo más común en Occidente en la actualidad.

Cabe apuntar aquí que el libro puede presentar cierta dificultad al lector que no esté muy adentrado en problemas económicos, pues un capítulo como el de J. Tinbergen, resulta demasiado técnico ya que implica cierto dominio de las matemáticas y su aplicación a modelos económicos.



Podríamos enjuiciar el contenido de esta obra con las palabras siguientes: Como la planeación económica se lleva a cabo con miras al futuro, y como el futuro es necesariamente incierto, las marcadas discrepancias entre los logros reales y los objetivos propuestos, no denotan debilidad dentro del proceso de planificación, sino condiciones externas, muchas veces fuera del control de los economistas. Es-

to resulta particularmente cierto, cuando se aplica a las regiones esencialmente monoproductoras, en donde un cultivo constituye más de la mitad del ingreso nacional y en donde un cambio radical de las condiciones político-sociales e incluso atmosféricas, pueden producir cambios de consideración en la economía del país.

RAÚL BÉJAR NAVARRO

DE LA NOVELA COMO EXPERIMENTO

SALVADOR ELIZONDO, *Farabeuf (o la crónica de un instante)*. Serie del Volador, ed. Joaquín Mortiz, México, 1965, 179 pp.

Poeta, ensayista y crítico monstruosamente inteligente, fundador y director de la revista "Snob" (que pasó a peor vida pero que señaló una nueva dirección a las publicaciones literarias en México), autor de películas desconcertantes y desquiciantes, musicólogo que rebasa el terreno del amateurismo, traductor de una página del *Finnegans Wake* enriquecida con anotaciones que hubieran entusiasmado y sorprendido al propio Joyce, Salvador Elizondo nos entrega ahora su primera novela: *Farabeuf (o la crónica de un instante)*, novela del tiempo, de la memoria y del olvido pero, sobre todo, novela del amor en su más extrema manifestación: la del éxtasis de la tortura, la del ceremonial del terror, la de su perfecto cumplimiento en el rito sagrado, en el impenetrable misterio de la descomposición de la identidad personal, en el grado supremo de la belleza que colinda con el suplicio y la intervención quirúrgica. Utilizando procedimientos propios de ese género que se ha dado en llamar la "anti novela" y de Alain Resnais, Elizondo ha realizado el experimento más ambicioso e importante en la novelística mexicana de los últimos años. En *Farabeuf* todo sucede porque no ha sucedido nada, porque los personajes que continuamente cambian de identidad y sexo, que siempre son otros, los que alguna vez fueron o los que otra vez serán, se nos presentan, inmóviles, relatándonos un acontecimiento que aparece como final y principio, a la vez, de un acontecimiento que nunca sabremos —porque el olvido es más tenaz que la memoria— si fue vivido, o premonición o, simplemente el proceso que va a determinar la organización del sueño, de la imagen reflejada en un espejo, imagen que nunca sabremos si fue la nuestra o la de ese otro que es —o que nunca podrá ser— el yo que es otro. El personaje que nos relata la infinita crónica de un instante es yo, ese lector capaz de ser todos los personajes físicamente vivos al través de una fotografía o de un cuadro de un pintor veneciano, de las respuestas de la ouija, del zumbido de una mosca (reminiscencia y homenaje a la *Livia* de Visconti), de una gota de lluvia contra el cristal empañado de una ventana, de una estrella de mar que recuerda un signo chino, un número cabalístico, la disposición corporal de un magnicida que sufre el más terrible suplicio. Edad,

tiempo y sexo se trastornan, se transforman en esta crónica de un instante que trasciende la eternidad del olvido y el descubrimiento de la memoria y en el que el horror se nos manifiesta como la única, posible forma, la más extrema y hermosa de la real imaginación del fenómeno amoroso. Nunca sabremos si fuiste tú —o sea el yo que eres, que soy tú, que soy, invariablemente el otro— ese doctor Farabeuf que sube las escaleras provisto de un instrumental quirúrgico minuciosamente descrito (como en los buenos tiempos de Testut, Collin, Chassaignac, Gigli), o la Enfermera que será siempre otra a fuerza de no ser ella misma mientras no recuerde el olvido del olvido o la disposición causal: yin, yang mutante yin; Yin mutante, yang, yin; o si soy yo la persona que te sueña que te estoy olvidando a fuerza de recordarte y haber perdido la memoria; o si soy yo el que sufre el suplicio en Pekín en el glorioso año de principios de siglo —hombre o mujer porque sexo y accesorios han sido previamente murilados a la toma de una fotografía que volverá eterno el instante de la muerte y propiciará el desencadenamiento del amor— el que organiza el sueño que nos hará perdurables, absueltos de la muerte, conjunción perfecta del día con la noche, de la vida con la inmortalidad, de la posibilidad de la resurrección de la carne con el tormento físico del amor. En *Farabeuf*, ese instante que se prolonga infinitamente (porque nunca ha sucedido temporalmente o porque, precisamente, ahora, "ahora", *ahora*, va a acontecer realmente, ¿realmente?) es la imagen de una muerte que sería más la muerte si se viera reflejada —y, acaso, falsamente— en un espejo que nos viera morir y, por tanto, amar. En *Farabeuf*, ese instante que se prolonga infinitamente es la realidad del hechizado que consigue su propio hechizamiento, del método adivinatorio que nos hace invulnerables y perennes, de aquella terrible, hermosa visión que propició que tu cuerpo —siempre el de otro— lograra convertirse en el mío y, así, en el mi cuerpo que siempre es el de otro, en la organización perfectamente sistematizada de un sueño —que no conoce los límites de la pesadilla— en la que logramos soñar el invento del sueño gracias a la mágica crueldad del olvido y a la feroz batalla contra la memoria.

JUAN VICENTE MELO,